

Miguel Vitagliano

Buenos Aires - Plaza Roberto Arlt

En octubre de 1965, por una ordenanza del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, una pequeña calle del barrio de Caballito pasó a llamarse Roberto Arlt. Ese homenaje corto en espacio también resultó breve en el tiempo, porque a principios de la década del noventa la calle pasó a llevar el nombre de un destacado fisiólogo y presidente de la Academia Nacional de Medicina. Por esos días los admiradores del doctor Gregorio Aráoz Alfaro (1870-1955), como cuenta con ironía Aníbal Jarowski (1992), llevaban a cabo otra batalla en favor de su memoria como era la de lograr que el policlínico Eva Perón fuera rebautizado con su nombre. Un asunto, si se quiere, de destinos cruzados, porque Arlt y Evita habían muerto en un 26 de julio, sólo que con diez años de diferencia. Una cruzada científica contra quien, en 1920, había publicado el ensayo "Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires" y contra la mujer a la que muchos no dudaron en considerar Santa.

Resulta difícil adjudicar un valor desmedido a las cifras y coincidencias sin sonrojarse o sin declinar en el género maravilloso, aunque más difícil aún sería encontrar un lector de Arlt que no reconociera en su obra la presencia de la transformación material de la ciudad medida constantemente en "cosas" contables. Desde el dinero hasta un conglomerado de disciplinas —física, mecánica, electrónica, química, etc.—, desde la creación de una tipología de habitantes hasta la individuación de descabellados inventos, todo en Arlt pesa, se mide y se calcula. Y así, munidos de esa consciencia, esos objetos-temas-personajes se incrustan forzosamente en un escenario que evoca lo ya conocido, sean las calles y barrios de Buenos Aires, los trenes, Temperley, Tigre... Es decir, el realismo es un efecto de lectura construido sobre una furiosa mirada expressionista que tiene su corazón en la ciudad. La furia, o el pensar en crudo del que hablaba Brecht.

Las ciudades llevan a cuentas una sentencia marcada a fuego: todo en ellas es vertiginoso y fugaz. Y una ilusión: todo lo perdido puede ser re-encontrado alguna vez, *by chance*, a la vuelta de una esquina. La narrativa de Arlt, sospecho, no está sostenida en una de esas sentencias sino en el hueco entre ambas, sacando chispas a la fugacidad y en el paulatino apagar de las ilusiones. Sus personajes están menos definitivamente desilusionados y tienen más el brillo amargo de los que están desilusionándose.

Y lo mismo ocurre con el armado de las frases y las situaciones de sus relatos, compuestas con una exquisita crudeza que muchos de sus contemporáneos, apoltronados en una confortable retórica desvencijada, juzgaron de “escritura mala”.

Ni el futuro ni el pasado son en Arlt valores en sí mismos, son una estrategia para delimitar el presente y someterlo al análisis. Su literatura es un máquina que fabrica un laboratorio para examinar las maquinaciones del comportamiento, incluso el de la propia mirada. Un proceso recursivo en el que la ciudad y sus habitantes son tomados en pleno movimiento, en el instante. A mediados de los años treinta, Walter Benjamín, en *Pequeña historia de la fotografía*, sostenía que era distinta la naturaleza que “habla a la cámara” de aquella que “habla a los ojos”. La fotografía, decía, revela el “inconsciente óptico”, aquello que la mirada no reconoce y deja pasar. Ella sólo es consciente de que alguien camina, de que a un paso le sigue el otro, en cambio la fotografía “alarga el paso” de lo que miramos sin ver. Arlt, entonces, es el gran fotógrafo de la ciudad, dicho esto más allá de su interés particular en las fotos.¹ Captura el instante en la multiplicidad que le ofrece la ciudad y desde su interior. Las *Aguafuertes* que publica a diario en *El Mundo* desde 1928 son su más claro registro cotidiano.

En *Sin laburo*, una de esas tantas crónicas de costumbres en la que arremete contra la crisis, escribe: “Me fijo en las plazas públicas. Es sencillamente catastrófica la cantidad de gente que ocupa los bancos. En Plaza Once, a las cuatro de la tarde, no hay un solo asiento. [...] hay una sola realidad... la realidad son las plazas repletas de desocupados” (Arlt 1981). Las plazas son el termómetro de lo que se palpita en la ciudad, el hueco del presente, la naturaleza diseñada donde la modernidad rutilante cerca sin traspasar; un lugar donde resistir, como las parejas en *Amor en el Parque Rivadavia* (Arlt 1981a) que insisten bajo la lluvia, el frío, la niebla y las luces, el hueco donde la ciudad se mira en lo que es y no en lo que quiere ser.

Quizá fue pensando en eso que la Municipalidad de Buenos Aires, hace ya más de veinte años, dio el nombre de Arlt a una plaza del centro de la ciudad con mucha mayor suerte que la callecita de Caballito. Claro

¹ Las tituladas “Aguafuertes Patagónicas”, publicadas en *El Mundo* desde el 11 de enero hasta el 19 de febrero de 1934, llevan como ilustración fotografías tomadas por Arlt. “Con una máquina de fotos Kodak, un saco de cuero y una pistola automática, Arlt inicia el viaje que un Silvio Astier ya olvidado diseñó como el precio de traicionar a un amigo”, escribe Sylvia Sáitta (1997) en su prólogo a *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)* de Roberto Arlt.

que no se trata de esas clásicas plazas argentinas que ocupan una cuadra completa, sino de un terreno entrecortado en medio de los edificios. Y tiene, por otra parte, más cemento que césped; eso, sin embargo, parece justificarse con unas enormes esculturas murales de metal en el fondo de unas escalinatas clavadas en las medianeras de la plaza. Los metales evocan los ensueños futuristas de los personajes arlteanos, ¿pero habrán pensado que esa plaza con paredes medianeras era un antídoto contra, por ejemplo, el cuento “Pequeños propietarios”? La crisis y el desgarró del tejido social de estos últimos años, muy superiores a los que el autor de *Los siete locos* llegó a conocer en su vida, agregó rejas y horario de permanencia a la plaza. Aquel predio, producto de las demoliciones urbanas, evoca a aquellas otras emprendidas por la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre, en 1937, para modernizar la infraestructura edilicia del centro de Buenos Aires y que Arlt registró en sus *Aguafuertes*: “Ver destruir es el espectáculo que más gusta presenciar al hombre porque su instinto le dice que tras de lo que se ha destruido tiene que levantarse algo nuevo.”²

La Plaza Roberto Arlt, en la calle Esmeralda entre Rivadavia y Bartolomé Mitre, cada mediodía se puebla de empleados de oficina que, sentados en las escalinatas y sin mirarse unos a otros, desenvuelven los sandwiches y beben sus latas de coca cola. Con sus zapatos de tacos altos y sus minifaldas, las mujeres juegan con el *frufriú* de sus medias cuidando que no se les corran y que nada se les escape en esos cuarenta y cinco minutos del almuerzo. Las paredes medianeras resguardan, y encajonan, ese decoro de mirar sin observar; nadie quiere ser sorprendido como lo que es sino por lo que parece ser con su corbata, el yogurt *light*, las uñas largas y pintadas... Una parte del mundo de clase media retratado por Arlt y que a partir del 23 de octubre de 1999, y por unas semanas, tuvo que inventar otro refugio para sus mediodías, cuando el grupo de investigadores que integra el Proyecto Arqueológico Quilmes encontró en una zona de la plaza un cráneo, una tibia, huesos de un pie y dos vértebras. La directora del equipo, Zunilda Quatrín, comentó al diario *La Razón* (26-X-99) que se tratarían de restos humanos del siglo XVIII. En 1738 se construyó en el lugar la iglesia San Miguel de Arcángel, que tenía un espacio dedicado para enterrar los cuerpos de los ajusticiados por el poder colonial hasta aproximadamente 1741. Pero, según los investigadores, los entierros habrían de prolongarse hasta cincuenta años después, ya que la

² “Nuevos aspectos de las demoliciones” (28-VI-37) como “Demoliciones en el centro” (19-IV-37), recopiladas por Sylvia Saítta en Arlt 1993.

iglesia habría anexado un orfanato en 1755 y en 1765 un Hospital de Mujeres.

En un país con una historia tan breve y con una cantidad gigantesca de tumbas sin nombres, de identidades robadas, de “desaparecidos”, la noticia de este descubrimiento no deja de rebotar como un eco en las calles de Buenos Aires. Roberto Arlt sigue haciendo hablar a la ciudad y la ciudad sigue hablando de Arlt. Uno es la máquina en el laboratorio del otro.

Por eso las *Aguafuertes* que sin interrupción publicó hasta el mismo día de su muerte en 1942, pueden leerse como su quinta novela. Cada libro que recopila alguna serie adquiere la forma de un nuevo capítulo de la novela que aún sigue escribiéndose, no desde el más allá ni del más acá de la historia, sino, otra vez, en el medio. En *Berlin-Alexanderplatz* (1929), Alfred Döblin recorre la vida de la ciudad en la desesperación de Franz Biberkopf. Berlín, como Buenos Aires en las *Aguafuertes*, resuena con toda multiplicidad en la novela que finaliza con una esperanza. Arlt jamás ha sido esperanzado, hasta ahora; pero quién sabe.

Bibliografía

ARLT, Roberto (1981) [1931]: “Sin laburo”, publicado en: *El Mundo el 18-XII-31* y recopilado por Daniel Scroggins en *Las Aguafuertes porteñas de Roberto Arlt*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.

ARLT, Roberto (1981a): “Parque Rivadavia”, compilado en *Obras Completas. Prefacio de Julio Cortázar*, Buenos Aires: Carlos Lohlé.

ARLT, Roberto (1993): *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires: Alianza.

ARLT, Roberto (1997): *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)*, Edición e introducción de Sylvia Sáitta, Buenos Aires: Simurg.

JARKOWSKI, A. (1992): “Arlt o de cómo la realidad produce locura”, en: *El Porteño XII*(127).

SAÍTTA, Sylvia (1997): “Prólogo” a *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)* de Roberto Arlt, Buenos Aires: Simurg.